

CAPITULO ALFONSO

tantas memorias de los años, hacerla una ma-
jor memoria que se acuerda por la mañana, para
volver por la noche, a la altura de las pajas...
Hasta ahora de todo sentimiento, de la mayor
lozanía; yo la deseaba seca y sin afectos juveniles.
A los primeros días de mi vida, la memoria
me la recordaba Paulina, del modo que nos recuer-
da las escenas de la infancia, y mas de una vez
me he quedado entrecerrado, representándose deli-
ciosos momentos; ora me la representaba junto a la
mesa, ocupada en coser, apacible, silenciosa, leve-
mente aclarada por la luz que cayendo de la clar-
boya dibujaba plateados reflejos sobre su bella ca-
bellera; ora, viase en sonrisas y con su voz de rico
timbre cantando los deliciosos himnos que ella mis-
ma componia sin trabajo. No pocas veces se casi-
aba tocando el piano, y entonces asemejabase sin-
gularmente en semblante a la noble cabeza por
medio de la cual quiso Carlo-Dolci representar la
fuerza de la Italia.

(201)
... con la mesa de los pobres. Hablaba de charlatanes.
me. Y con aquella amable conversacion que lo ha-
ce tan seductor y persuasivo, mostrame a todos los
hombres de jenio como a charlatanes, y uno por
fin a declararme que tenia un sentido medio, una
cruza de muerte, quedandome solo en la calle de
los Corderos. Según el al mundo, egoista
con sutileza, acostumbrar la gente a que pronun-
ce mi nombre con respeto, y dudar ese humilde se-
ñor que tan mal sentaba a un gran hombre de esos
tiempos. — Los imbeciles, dijo levantando un poco la voz,
luchan a ese oficio, virago; la jente de la moral-
Hasta el pasado invierno, fué mi vida la tran-
quila y estudiosa vida de la cual hé tratado darte
una lijera imájen. A primeros del mes de diciem-
bre de 1829, encontré á Rastíñac.
A pesar del mal estado de mis vestidos, me to-
mó el brazo, é informósese con interés verdaderamen-
te fraternal de mi fortuna.
Yo le conté brevemente mi vida, mi aplicacion y
esperanzas.
Púsose á reir, tratóme de hombre de jenio, y
de tonto á la vez. Su voz provenzal, su esperiencia
del mundo, la opulencia que debia á su habilidad,
todo obró sobre mi mente de un modo irresistible.
Hizome morir al hospital, desconocido como un

cualquiera, condujo mi propio entierro, y me tiró en la huesa de los pobres. Háblome de charlatanismo. Y con aquella amable conversacion que le hace tan seductor y persuasivo, mostróme á todos los hombres de jenio como á charlatanes, y vino por fin á declararme que tenia un sentido menos, una causa de muerte, quedándome solo en la calle de los Corderos. Segun él, debia ir al mundo, egoizar con sutileza, acostumar la jente á que pronunciara mi nombre con respeto, y quitar ese humilde señor que tan mal sentaba á un gran hombre de esos tiempos.

— Los imbéciles, dijo levantando un poco la voz, van á ese oficio, *intriga*; la jente de la moralidad lo prescribe bajo el epíteto de *vida disoluta*. Nos paremos en los hombres; consultemos las leyes y los resultados. ¿Tu trabajas no es verdad?... No es bien, nunca serás cosa que valga.

La disipacion amigo mio, es un sistema político. La vida de un hombre ocupado en disipar su hacienda, se convierte muchas veces en especulacion. Asegura sus capitales en amigos, en placeres, en protectores, en conocidos. ¿Que un negociante beneficia un millon? Sucede que durante veinte años no duerme, ni bebe, ni se divierte; empolla su millon; le hace correr toda la Europa; se apesára, se dá á todos los demonios que la sociedad ha inventado; y despues viene una quiebra y le deja á menudo sin

dinero, sin honor, y por consiguiente sin amigos. El disoluto por el contrario, se ocupa de vivir y de hacer trotar sus caballos; y si por casualidad pierde su capital, quedale siempre la probabilidad de ser nombrado administrador jeneral, la probabilidad de casarse y enlazarse con parientes de ministros, embajadores... y sobre todo siempre le quedan amigos, reputacion, y siempre dinero... Conociendo los resortes del mundo, los maniobra á su provecho. ¿Es esto lójico, ó yo no soy mas que un necio?... ¿Acaso no es esta la moralidad esprimida de la comedia que todos los dias está representándose en ese gran teatro que se llama mundo?...

— Has acabado tu obra, continuó despues de una pausa. ¡Tienes un talento inmenso!... ¡Ahora bien! eso todavia no es nada. Solo estás en el punto de tu salida. Es necesario que hagas tu mismo el suceso de tu produccion, asi es mas seguro el buen écsito. Irás á formar alianzas con reuniones, á conquistar admiradores... Yo quiero tener el honor de ser el medianero de tu gloria, el platero que habrá montado tu diamante.

— Para comenzar luego, dijo, hállate mañana por la tarde aquí mismo. Te presentaré á una casa donde concurre todo Paris, nuestro Paris particular; ya me entiendes, los elegantes, los milionaros, todas las celebridades, y aquella jente que acostumbra hablar de oro siempre en grande. Desde el instante

en que han adoptado un libro, se hace de moda; y si es efectivamente bueno, dan una corona al jenio sin saberlo. Si sabes entenderte, mi buen jóven, harás tu mismo la fortuna de tu *Teoria* comprendiendo mejor que no has hecho hasta ahora la teoria de la fortuna... En una palabra, mañana por la noche, verás á Foedora! La bella condesa Foedora, la mujer á la moda.

— En mi vida he oido hablar de la tal condesa.

— ¡Eres un Cafre!... dijo Rastiñac sonriendo. ¡No conocer á Foedora!... ¡Una mujer casable que posée mas de ochenta mil libras de renta y que no quiere á nadie ó de la cual nadie quiere!... ¡Especie de problema femenino, una parisiense medio rusa, una rusa medio parisiense!... Una mujer en cuya casa se publican todas las producciones románticas que no salen á luz... La mas hermosa entre las hermosas de Paris, la mas graciosa... ¡anda! ni aun eres un Cafre, eres la bestia intermedia que separa al Cafre del animal. Adios, hasta mañana.

Hizo una pirueta y desapareció sin aguardar respuesta, no admitiendo ni por semejas que un hombre razonable pudiera rehusar el ser presentado á Foedora la sin par.

Mas, como explicar la fascinación de un nombre!

¡ FŒDORA!...

Persiguióme desde entonces aquel nombre como

nos persigue todo mal pensamiento con quien busca uno en vano transijir. Una voz interior me decia:

— ¡ Irás á casa de Foedora! y por mas que me hiciera violencia para sufocar esta voz y gritarla que mentía, disipaba todos mis forzados racionios con ese nombre:

— Foedora!

Pero ese nombre, esa mujer eran el logro de mis esperanzas, el símbolo de todos mis deseos, y el tema de mi vida. Es decir; que el nombre revelaba las poesías artificiales del mundo, haciendo brillar para mí las fiestas, la vanidad y todos los oropes; y la persona ó la mujer me aparecia con todos los problemas de pasion que por tanto tiempo ilusionado me habian. Y aun, ¡ quien sabe si el tumulto que mi reposo trastornára, era efecto de aquel nombre y de aquella mujer, ó bien de todos mis viciosos gustos que se alzaban implacables en mi alma para tentarme de nuevo!

¡ La jóven condesa Foedora, opulenta y sin amante, resistiendo á las seducciones en Paris!... Eso era precisamente la encarnacion de mis esperanzas, de mis visiones. Créeme una mujer, la dí formas ideales, la soñé.

Por la noche, ya no pude dormir, era su amante, forjéme una vida entera, una vida de amor improvisada, saboreando sus delicias fecundas y puras.

Por la mañana, incapaz de aguardar el suplicio del tiempo que mediaba hasta la noche, púseme á leer una novela, y estuve leyéndola todo el dia, poniéndome de ese modo en la imposibilidad de pensar y de medir el tiempo. Durante la lectura, el nombre de Foedora retumbaba en el hueco de mi mente á manera de un sonido que se oye á lo lejos, y que no estorba, pero que debe escucharse.

Afortunadamente que aun poseia un fraque negro, y un chaleco bastante decentes; y despues, quedábame de todo mi haber unos treinta francos, cuales al principio sembrára entre los muebles y papeles, á fin de poner entre un duro y mis caprichos la imponente barrera de una investigacion y los azares de una *circumnavegacion* por mi cuarto.

Antes de vestirme, perseguí mi tesoro al traves de un océano de papeles. Atendida la escasez del numerario, puedes facilmente concebir cuantas riquezas los guantes y el coche consumieron, á pesar de absorverme el alimento de todo un mes... Pero, tocante á caprichos nunca somos avaros, únicamente discutimos el precio de lo útil y necesario. Prodigáremos oro á bailarinas, y regateamos la sangre de un jornalero, cuya hambrienta familia está esperando el pago de la semana. No parece sino que jamás compremos el deleite bastante caro.

Encontré á Rastiñac fiel á la cita, chanceóme por la metamórfosis que en mi persona habia el

ocasionado, y en el entretanto que hácia la casa de la condesa viajábamos, dióme fraternales consejos tocante á la conducta que con ella debia guardar. Pintómela avara, vanidosa y desconfiada; pero avara con fasto, vanidosa con sencillez, y desconfiada con cierta injenuidad.

—Tú ya sabes, me dijo, en que situacion me hallo, y no ignoras cuánto perderia en mudar de amor. Asi es que observando á Foedora lo he hecho con desinterés, á sangre fria, y por consiguientemente debo de haberla visto tal cual es en sí. Cuando me propuse presentarte en su casa, fué porque pensaba en tu fortuna, lo que quiere decir que debes andar con tiento y con cuidado. Mira que tiene una memoria atroz. Capaz es su astucia de desesperar un diplomático, y hasta de adivinar el momento en que no miente. Aquí, entre los dos, yo pienso que nunca ha sido casada. El embajador de Rusia se me echó á reir, una vez que le hablé de ella; no se visitan, y la saluda muy á la lijera, cuando la encuentra en paseo. Sin embargo es parte integrante de la sociedad de madama de F..... frecuenta las señoras de N..., de V... Lo que es en Francia, su reputacion es intacta. La mariscal de*** la mas pundonorosa de toda la compañía Bonapartista va con ella á pasar en su dominio la bella estacion. Muchos petimetres, y hasta el hijo de un par de Francia la han ofrecido un nombre en cam-

bio de la fortuna que tiene; á todos les ha boníticamente despachado. ¡ Quien sabe si su sensibilidad no comienza á despertarse mas que al título de conde! Y bien; ¿ no eres marqués?..... ¡ Pues, adelante si ella te gusta! Eso si que es *dar instrucciones*.

Esta última chanza me dió á entender que Rastiñac queria reir y aguzar al mismo tiempo mi curiosidad, de manera que al entrar en un patio adornado de flores, ya habia llegado mi pasion á su parosismo. Subiendo una vasta escalera entapizada donde ya me confundieron todas las suntuosidades del lujo ingles, se sobresaltó mi corazon, y me ruborizaba por ello, puesto que desmentia mi orijen, mis sentimientos, mi orgullo. En fin era tontamente paisano. Pero, salia del aposento que te he descrito, despues de tres años de pobreza, no sabiendo aun elevar sobre las frioleras de la vida aquellos tesoros cuya adquisicion no hace bajar la frente; aquellos fondos intelectuales que hacen súbitamente rico al poseedor, cuando cae el poder entre sus manos; sin abatirle, porque el estudio le ha formado anticipadamente una alma de buen temple para luchar briosamente en los políticos combates.

XXII.

Ví una mujer de veintidos años, de mediana estatura, vestida de blanco, rodeada de un círculo de hombres, muellemente sentada en un sofá, con un abanico de plumas en la mano.

Luego que vió entrar á Rastiñac, se levantó, vino á recibirnos, y sonriendo con mucha gracia me hizo una cortesía, estudiada sin duda, con voz singularmente melodiosa. El amigo Rastiñac me habia anunciado como un hombre de talento, de modo que, gracias á la astucia y ecsajeracion gascona que le distinguen, quedé favorablemente recibido. Fué el blanco de una atencion tan jeneral que casi me aterraba; pero afortunadamente Rastiñac habia hablado

de mi extrema modestia. En cuanto á lo que me habia dicho mi amigo sobre la concurrencia, no me engaño; alli encontré sabios, doctos literatos, antiguos ministros, pares de Francia.

Poco despues de mi llegada, siguió de nuevo su rumbo la tertulia, y sintiendo que tenia una reputacion que salvar, esforcéme cuanto me fué posible en cobrar ánimo; despues traté, sin abusar de la palabra cuando la urbanidad lo permitia, de resumir las discusiones por medio de palabras mas ó menos incisivas, ya agudas, ya profundas. Produje efectivamente cierta sensacion, y Rastiñac fué profeta acaso por la primera vez de su vida.

Cuando la reunion hubo llegado al punto en que por la mucha concurrencia puede cada uno volver á encontrar su libertad, dióme mi introductor el brazo, y echamos á pasear por aquellos aposentos.

—Mira que no dejes traslucir ningun jénero de admiracion por la princesa, me dijo; porque podria muy bien adivinar la causa de tu visita...

Estaban amueblados los salones con esquisito gusto. En ellos vi cuadros de mérito. Tenia cada pieza su carácter particular, como en las casas de los ingleses mas opulentos; y entonces, los cortinajes de seda, los bordados, la forma de los muebles, la menor decoracion, todo se armonizaba con mi pensamiento dominante. De manera, que en un gabinete gótico cuyas puertas estaban ocultas por cortinas de ta-

piceria, eran tambien góticos los dibujos del tapiz, las circunvalaciones del ropaje, la péndula: la techumbre con esculpidas vigas construida presentaba á la vista cajones llenos de orijinalidad y de gracia, los enmaderamientos eran artísticamente bruñidos, y nada destruía el conjunto de tan lindo ornamento, ni siquiera las ventanas cuyos vidrios eran primorosamente coloreados.

Mas allá, quedé sorprendido al aspecto de un salon moderno, en el cual un artista eminente habia agotado la ciencia de nuestra sencillez tan hermosa, tan fresca, tan suave, ornamento sin pompa y sóbrio de dorados. Era el tal salon amoroso y poético como una balada alemana; verdadero recinto construido para una pasion de 1827, embalsamada por jarros llenos de flores raras, y contigua á ese salon ví una pieza dorada, en la cual renacia el gusto del tiempo de Luis XIV, el cual opuesto como es á nuestra actual pintura, producía un contraste extraño, pero muy agradable.

—¡No dejarás de estar bien alojado!...díjome Rastiñac con una sonrisa lijeramente irónica. ¿No es esto bien seductor? añadió sentándose al mismo tiempo.

Mas levantándose de repente, tomóme de la mano y condújome al cuarto en el cual dormía Fœdora; luego mostrándome debajo un dosel divino un lecho voluptuoso, oscuramente aclarado, verdadero lecho de una ninfa jóven unida con un jenio:

— ¿Pero no hay, exclamó en voz baja, desvergüenza, insolencia y coquetería ilimitada en dejarnos contemplar ese trono del amor?...; No entregarse á nadie y permitir á todos que pongan aquí su papeleta!... Ah! si yo fuese libre, verías como viene esa mujer bien sojuzgada á llorar hasta la puerta de mi casa.

— ¿Con que pareces estar cierto de su virtud?

— Los profesores de galantería mas atrevidos, los mas astutos se han estrellado con ella, hasta lo han confesado; la han sido fieles, la aman aun, y son amigos suyos á toda prueba...; Ese diablo de mujer no te parece un enigma?

Esas últimas palabras me embriagaron. Ya se habian despertado los celos, y temia por lo pasado. Estremeciéndome de esperanza, volví precipitadamente al salon en el cual habia dejado la condesa. Encontréla precisamente en el gabinete gótico. Detúvome con una sonrisa, hízome sentar á su lado, hablóme de mis trabajos y me pareció tomar por ellos un vivo interés, cuando la traducí mi sistema con chanzas negligentes en vez de ensalzar la importancia de mi descubrimiento en lenguaje de cate-drático.

Díla mucho que reir, diciéndola que la voluntad humana era una fuerza material parecida al vapor, y que en el mundo moral, nada se resistía á esa potestad, cuando un hombre se acostumbraba á con-

centrárla, á aplicar la suma y dirigir constantemente sobre las demas almas la proyección de esa masa fluida ó de ese vapor; y que entonces todo podia modificarse por su acción relativamente al hombre, hasta algunas leyes de la naturaleza.

Hízome objeciones que me revelaron de su parte cierto tacto y alguna agudeza. Complacíme maliciosamente en darla razon por un instante para lisonjearla; pero destruía sus racionios de mujer, en dos palabras, ó torciendo su atención sobre algun hecho cotidiano en nuestra vida, hecho bien que vulgar en apariencia, estaba en el fondo lleno de problemas insolubles para el verdadero sabio.

Con mis razones aguijoneé su curiosidad; hasta la hice meditar un momento cuando la hube dicho que nuestras ideas eran seres organizados, completos, que viven en un mundo invisible para nuestras miradas, pero influyendo sobre nuestros destinos, y le citaba por prueba los pensamientos de Descartes, de Napoleon, de Diderot, que habian conducido y conducian aun á todo un siglo.

De modo que tuve el honor de divertirla. Al separarnos, me convidó á visitarla. Segun la moda de córte me dió tarjetas.

Bien sea que yo tomase segun mi buena costumbre algunas fórmulas de ceremonia por palabras salidas del corazon, bien sea que ella me considerára destinado á tener en breve grande celebridad, ó

por fin que realmente quisiese acrecentar su compañía de doctos, me lisonjeé de haberla suficientemente gustado.

Llamando á mi valía todos los conocimientos fisiológicos y estudios anteriores sobre la naturaleza de las mujeres, consagré lo restante de la noche al mas detenido ecsámen de toda su persona y de sus procedimientos.

Solo y oculto en un ángulo de ventana, veíala ir y venir sentándose y hablando, ó llamando á un hombre; cuestionándole y apoyándose en un diutel de puerta para escucharle. En su porte reconocí un movimiento de tan seductor quebranto, una fluctuacion de vestido tan graciosa, escitaba deseos con tanta enerjía, que empecé desde entonces á ser muy incrédulo tocante á su virtud. Si en el dia Fœdora desconocia el amor, debia á mi parecer haber sido muy apasionada en otro tiempo. Hasta en el modo de ponerse ante el interlocutor respiraba deleite. Si se sostenia sobre una chimenea, parecia un ánjel prócsimo á caer ó á escaparse, continuando sin embargo en esa postura con los brazos voluptuosamente cruzados como si absorbiera las palabras escuchándolas benevolamente hasta con los ojos, y en todo esto ella toda ecsalaba el sentimiento. A mas de esto, sus labios encarnados y frescos esmaltaban su tez de viva blancura. Sus hermosos cabellos hacian resaltar el naranjado color de sus ojos mezcla-

dos de venas como una piedra de Florencia y cuya espresion parecia aumentar la suavidad de sus palabras. Estaba adornada su cintura con las gracias mas seductoras. Pero acaso una rival hubiera acusado sus cejas por demasiado pobladas, y reparado cierto plumon imperceptible que los contornos adornaban de su cara.

Finalmente en todo hallé la pasion imprimida; el amor escrito en sus párpados italianos, en sus hermosas espaldas dignas de la Vénus de Milon, en sus facciones, en su lábio superior algo saliente y lijeramente sombreado. Oh! cierto que habia una novela entera en aquella mujer!...

Verdad es que aquellas riquezas femeninas, aquel armonioso conjunto de líneas y las promesas hechas al amor leidas en tamaña estructura, eran temperadas por una reserva constante, por una modestia extraordinaria que con la espresion de toda su persona contrastaban. Necesaria era una observacion tan sagaz como la mia, para descubrir en aquella naturaleza las señales de un destino de lujuria. Para explicar con mayor claridad mi pensamiento, dire que podia dividirse en dos mujeres; la una residente solo en la cabeza no estendiéndose mas lejos su pasion; la otra residente en lo demás del cuerpo enteramente fria. Antes de parar los ojos en un hombre preparaba su mirada como si pasase en sí misma algun misterio; hubiérase dicho una convulsion;

aunque sus ojos eran siempre hermosos y brillantes. Por fin, ó mi ciencia era imperfecta, y no hay duda que me faltaban que descubrir muchos secretos del mundo moral, ó la condesa poseía una alma bella, cuyos sentimientos y emanaciones comunicaban á su fisonomía aquel hechizo que nos avasalla, nos fascina; ascendiente de todo punto moral, y tanto mas poderoso, cuanto mas concuerda con las simpatías del deseo...

Salí pues embelesado de su casa, embriagado de su lujo, poderosamente conmovido en todo cuanto tenía mi corazón de noble, de bueno, de malo. Sintiéndome entonces tan penetrado, tan viviente, ec-saltado, creí comprender el aliciente que atraía á aquel sitio todos aquellos artistas, aquellos diplomáticos, aquellos hombres de poder y aquellos ajotistas forrados de hoja de lata, ni mas ni menos que sus cajas. ¡ Probablemente iban allí á buscar á su lado aquella delirante emoción que hacia revibrar todas las fuerzas de mi ser, instigaba la sangre en la menor de mis venas, y picaba el mas pequeño nervio concentrándose en mi cerebro el estremecimiento todo! Yo decia para mí; si á todos los ha guardado, es que no se ha entregado á ninguno. Una mujer es coqueta solo cuando no ama...

Y luego dije á Rastiñac: tal vez habrá sido casada con algun viejo, ó la habrán vendido que viene á ser lo mismo, y el recuerdo de su primera

boda la inspirará horror para un nuevo enlace.....

Volvíme á pie desde el arrabal Saint-Honoré donde Fœdora vive. Entre su casa y la calle de los Corderos casi hay de pormedio todo Paris; sin embargo el camino me pareció corto, y eso que hacia frio. ¡ Emprender en el invierno la conquista de Fœdora, en un crudo invierno, cuando no tenia treinta francos en mi poder, cuando era tan grande la distancia que nos separaba!... Solo un jóven pobre y menesteroso puede hacerse cargo de lo que cuesta una pasión entre coches, guantes, vestidos, etc!... Y si el amor se conserva demasiado platónico, llega á ser ruinoso en demasía. Y efectivamente, hay estudiantes de leyes á los cuales es imposible acercarse á una pasión que viva en un primer piso!.. ¿Y como podía yo luchar, yo feble, delicado, sencillamente vestido, pálido y macilento como un artista convaleciente de una obra, con jóvenes bien adornados, lindos, robustos, capaces de desesperar al mas elegante, ricos, armados de cadenas y de impertinencias?...

— No hay remedio! ó *Fœdora*, ó *la muerte*! grité al pasar un puente. Fœdora, es la fortuna!

Y el hermoso retrete gótico y el salon á la Luis XIV pasaron ante mis ojos; y la veía, á ella á la condesa, con su vestido blanco, sus graciosas mangas y su porte seductor y su cintura tentadora.

Cuando llegué á mi desnudo albergue, frio, y mal peinado como peluca de naturalista, contemplaba

aun las imágenes del prodijioso lujo de Fœdora me rodeaban todavía, y mal consejero era el contraste por cierto. Ese origen y no otro deben tener los crímenes. Entonces maldecí jadeando de rabia mi decente y virtuosa miseria, mi fecunda manida en la cual sin embargo se habían agrupado tantas ideas... Pedí cuenta á Dios, al diablo, al estado social, á mi padre y al mundo entero, de mi destino, de mi destierro, de mi desgracia y acostéme hambriento, refunfuñando imprecaciones infernales, pero con todo, bien resuelto á seducir la condesa. Aquel corazón de mujer era el último billete de lotería encargado de mi fortuna...

XXII.

Te dispensaré la molestia de oír la esplicacion de las primeras visitas que á Fœdora hice, para llegar prontamente al dráma, ó como tu dijiste. Al mismo tiempo que tentaba insinuarme en su alma, traté de hacerla una por parte del ingenio, valiéndome de su vanidad. A fin de ser amado íntegramente agoté mi talento para probarla que debía proceder con mas respeto de sí misma. Y nunca la dejé en estado de indiferencia, puesto que las mujeres quieren emociones á todo precio y con abundancia. Hubiese preferido encolerizarla, que no verla conmigo indiferente.